

LIBRO X

LANCES DE ENCRUCIJADA



Capítulo I

La constancia en la fe

**V**OLVAMOS algún tanto atrás, y entremos en la casa de los Ponce de León.

Ya lo hemos dicho alguna vez, y lo repetimos en este lugar.

En nuestra verídica narración, fundada en hechos que realmente acontecieron y constan desparramados y sin orden en antiguas crónicas, los sucesos marchan como marchan siempre los sucesos de la vida real.

A ningún hombre le es dado seguir paso á paso á todos los acontecimientos que se suceden, no diré en su época y en el universo en general, pero ni aun en la misma ciudad de su habitual residencia.

En el círculo de sus amigos; en un corrillo de camaradas; en cualquier lugar público ó particular, en la calle, en las plazas, á su simple paso muchas veces llegan á

su noticia episodios aislados de la historia de una familia, ó de un individuo, de cuyos episodios se entera sin pretenderlo, sin buscarlo, sin conocer á los actores de él, sin tener antecedentes de ninguna especie.

Muchos de esos episodios, de esos personajes que ante él se nombran, jamás los ha conocido ni conocerá, y de otros, en cambio más ó menos tarde llega á saber detalles y pormenores, y alguna vez viene á ser actor, pasado cierto tiempo, en dramas cuyos primeros actos escuchó indiferente y sin curiosidad alguna.

Sólo Dios, en cuyas manos entran los hilos todos de la gran tela formada por la humana especie, conoce la relación que existe entre las hebras de un mismo tejido, y sabe cuales de ellas salieron del mismo capullo ó del mismo tallo, aquel que un día, quizás vimos brotar en los campos sin que llamase nuestra atención.

Por eso en nuestra verídica relación perdemos á cada instante esos hilos, y cuando casi olvidados los teníamos, los vemos anudarse á otros hilos más ó menos pasajeramente.

Y es que nadie puede sospechar los ignorados caminos por los cuales Dios conduce la humanidad al término de su destino, en cuyo término están la sabiduría y la bondad infinitas que á todo hacen concurrir á su mayor gloria y alabanza.

En el punto á que nuestra historia ha llegado, cercano está el día en que ha de realizarse el gran suceso, del cual dijo el infalible pontífice que en *ninguna otra nación tuvo semejante*.

Y como nada acontece en el mundo que no obedezca á la inflexible lógica de la infinita sabiduría, ajustándonos á esta verdad que por sí sola se impone, hemos procu-

rado, y de Dios esperamos haberlo conseguido, ir presentando los hombres y los acontecimientos de aquellos remotos días, de modo y manera de probar que la sublime aparición de la Santísima Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe no podía por menos de haberse verificado cuando se verificó.

Cuando la maldad de los hombres llega á su exceso, cuando todo parece arrastrado á una catástrofe fatal é inevitable, cuando el caos que Dios borró del Universo en los días primeros de la confusión sobre la obra del Omnipotente, Dios vuelve por sus fueros, y su voz se impone al clamoreo de los victoriosos espíritus rebeldes, y el hombre agradecido se encuentra frente á frente de una muestra de la divina bondad, á la cual da en su admiración el nombre de milagro.

Milagro es en efecto que la maldad del hombre no llegue á colmar jamás la medida de la divina indignación.

Si Dios hizo débil y pequeño al hombre, suplió á esta debilidad y pequeñez con la grandeza de su inagotable misericordia.

Nunca deja de verle con ella, ni nos niega sus favores ni cuando menos lo merecemos.

De la bondad de Dios para con los hombres nunca debe dudarse; ella viene por sí misma cuando más necesaria es.

Tal fué lo que sucedió en aquellos memorables días.

Nuestros lectores han podido ver á qué extremo llevó la maldad el espíritu opresor, ambicioso y aventurero de los prohombres de aquella época de la historia de la Nueva España.

Sus abusos y sus vicios hubieran perdido para siempre

la colonia, si la protección de Dios no hubiese acudido á salvarla, manteniéndola á flote en las revueltas olas de aquella colosal tormenta.

A su protección fué debido el que los naturales, tan superiores en número á sus conquistadores, no se alzaran en imponente rebelión, y concluyesen hasta con el último de ellos.

La Providencia quiso que en aquella ocasión la fuerza no estuviese del lado de la muchedumbre del número.

El número, en efecto, nada es ni nada significa cuando Dios pone su voluntad en el otro platillo de la balanza de los destinos humanos.

Estaba decretado en los eternos libros que aquella había de ser la hora en que en estas apartadas regiones se hiciese la luz de la única verdadera religión.

El mal espíritu, que por largas centurias de años había residido en los informes bultos de los espantosos ídolos mexicanos, había sido lanzado de ellos por los venerables primeros misioneros católicos.

La cruz estaba ya implantada en el nuevo mundo, y como lo dicen los libros santos, las puertas del infierno no podían prevalecer contra ella.

¿Mas por qué entonces consintió el Supremo dispensador de las celestiales mercedes que los mismos gobernantes españoles de la colonia pusieran á la religión en el gran aprieto en que venimos viéndola en esta historia?

Fácil nos parece la contestación.

Lo consintió para mejor demostrar su grandeza ante los ojos de los nuevos convertidos.

Si ningún contratiempo hubiesen experimentado en estas regiones el nuevo culto y la nueva iglesia, los naturales habrían podido creer que su única fuerza estaba en

la tajante espada de los conquistadores, que había abierto senda en la colosal maleza del campo idolátrico del cruel y sanguinario *Huitzoloпочtli*.

Así, en su día, los guerreros *mexica* habían impuesto su culto feroz á todas las naciones que llegaron á formar el vasto imperio de Moctezuma.

Era preciso y conveniente demostrarles que la fuerza de la religión del Crucificado existe en ella misma, y que sus triunfos no son debidos á la fuerza bruta, sino á la grandeza misma de sus dogmas y á su carácter divino y eterno.

Era indispensable que la nueva grey cristiana viese y se convenciese de que, al contrario de la religión azteca, que al primer golpe había caído para no volver jamás á levantarse, la religión católica, á semejanza del fénix, renacía siempre con purísimo fulgor de las cenizas á que la impiedad locamente y á cada instante habíala reducido.

Por eso quiso Dios que sus primeros misioneros en estos países fuesen los más humildes hombres que ha producido su soberano culto.

Nadie, en efecto, tan humilde como el venerable obispo Sr. Zumárraga.

Y sin embargo, ¿con cuán admirables valor, constancia y energía se puso frente á frente á los tiránicos gobernadores, y volvió por los fueros de la religión aun con riesgo inminente de su vida?

¿Cuánta no había de ser la sorpresa de los naturales al ver triunfante una religión como la católica, cuyos ministros no hacían gala de un poder y una influencia tan colosales como disfrutado habían los horribles sacerdotes aztecas?

¿Cuán grande no debió ser su admiración al recordar que los sacerdotes de los antiguos cultos se irritaban á la menor ofensa que recibían, al extremo de convertirse en sanguinarios caudillos de poderosos motines, y ver que los sacerdotes del verdadero Dios sufrían impasibles las más atroces injurias, sin dejarse vencer por la indignación, sin procurar la ruina y renacimiento del ofensor, á quien bien lejos de desearle mal alguno, con el perdón le rogaban, encontrándose premiados y satisfechos con lograr obtener su sincero arrepentimiento?

Y aun esto quiso Dios negar á sus ministros en aquellos instantes.

Era preciso para el mayor triunfo, que aquellos santos varones apurasen hasta las heces el cáliz de la amargura.

Era preciso que el pueblo llegase al colmo de la desgracia, para que así pudiera apreciar mejor el colmo de ventura que en el Empireo se le preparaba.

La Madre de Dios iba una vez más á obsequiar la recomendación que su Hijo Divino habíale hecho del hombre antes de espirar en la cruz.

Cercano estaba el día que iba á descender las gradas de diamantes de su excelso trono, para bajar á la tierra á decir con las más tiernas y dulces palabras á la raza recién convertida, que Jesucristo habíase sacrificado en el Calvario por todos los hombres que han de existir en el mundo hasta el día del último juicio.

Su milagrosa aparición iba á revestir formas y circunstancias en un todo singulares, á fin de que el prodigio se hiciese más patente y perceptible á seres que carecían de la civilización necesaria para comprender el augusto misterio.

Era, en fin, indispensable que las sombras del sacrificio y la impiedad llegaran á cerrar por completo en oscurísima noche, para que la excelsitud del fulgor de la luz nueva se viera en toda su potencia luminosa.

Era conveniente que las lágrimas estuviesen en los ojos de todos para que pudiesen encontrar en la celestial maravilla, purísimo cendal en que enjugar su llanto.

Y este extremo había llegado.

La insistencia del triunfo del mal había engendrado la duda en la eficacia y poder de la nueva religión.

Las sombras han sido y son las precursoras de la luz.

Tal fué el orden que para todo progreso estableció el Supremo Hacedor.

En el núcleo de las sombras, Dios formó el mundo, y sobre él hizo la luz para gozarse en su obra.

De las sombras de la idolatría sacaron los misioneros al católico pueblo mexicano, y Dios envió á aquel pueblo á su esposa y madre, á decir á aquellos venerables apóstoles que su obra era buena.

Así triunfa siempre la constancia en la fe.

manifestó con generosa entereza que, una vez cumplidos sus deberes con la dama, su ofensor tendriale á su disposición en el momento mismo en que le buscara.

Jerónimo hubo de retirarse confundido y avergonzado, pero conforme se fué alejando del lugar de su aventura, al galope tendido de su caballo, la tempestad de su ira fué creciendo y creciendo, hasta convertirse en espantosa tormenta de furiosos odios y locas venganzas.

Cuando á la casa ó castillo de la condesa de Peralta llegó nuestro hombre, halló recogido á todo el mundo, excepto al portero y criados de su inmediato servicio.

Hasta cierto punto fué un bien para él.

Si hubiera encontrado, como de costumbre, en el salón á la condesa y su hija, y entrado con ellas en explicaciones, su enojo habríale hecho faltar á la consideración y respeto que se merecían, y empeorado su casi perdida causa.

Pero si este peligro pudo evitar, ocurriósele que otro igualmente grande correría si Catalina había entrado en explicaciones con la condesa.

Pronto se tranquilizó á este respecto.

Por lo mismo que él había intentado orillar á la condesa á una reconciliación con los Ponce, conocía á fondo la mala voluntad de la ilustre dama hacia ellos.

Seguro, por lo tanto, estaba de que la viuda de Cardona no aprobaría jamás el amor de su hija por un hijo de la mujer de la cual había sentido horribles y desesperados celos.

Desde aquel instante Jerónimo no pensó en más que en aumentar las proporciones, colosales ya, de aquel obstáculo.

## Capítulo II

### Sin guía en el bosque

No habrán olvidado nuestros lectores la escena violenta con que terminó la larga plática que sobre la azotea del antiguo palacio de los reyes tezcocanos mantuvieron la hermosa Catalina de Cardona y el pérfido Jerónimo Ruiz.

Separado de aquélla, éste penetró en la especie de antro en que acogidose habían la desventurada Isabel de Rioja y el entusiasta y respetuoso amante Juan Ponce de León.

La hija de Felipe de Rioja no pudo contener por más tiempo su justo resentimiento contra su impío seductor, y de sus labios se vertieron los duros y sentidos reproches que el infame amador merecía.

Juan Ponce intervino cuando el caso lo exigió, y sin intimidarse con las provocaciones de Jerónimo Ruiz, le

Los medios para ello había de facilitarlos García del Pilar.

Así habíaselo indicado el agente del oidor Delgadillo.

Jerónimo Ruiz no durmió en toda la noche, atormentado por su rabia y su encuentro con Ponce.

Y apenas se indicó en el cielo la primera luz del alba, bajó de su cuarto á las caballerizas, pidió su caballo, y salió, encargando se le dijese á la condesa que negocios urgentísimos habíanle hecho salir para la capital.

A ella fué en efecto, encontrando á Pilar en el triste estado á que llevóle, á su vez, los sucesos de aquella noche fatal y sin término, en que tantas veces se vió expuesto á perder su miserable vida.

Pero al cabo de más ó menos días ese hombre estuvo en aptitud de poder servir á sus propósitos.

Por desgracia para ellos, Pilar había entregado á Delgadillo, y éste á Esperanza Ponce, la declaración ó relación escrita de lo que Pedro Fañez había visto ó sospechado la otra noche fatal en que murieron, asesinados por los Ponce, Felipe de Rioja y Nuño López de Cardona.

Sin embargo, aquella falta podría remediarse obligando, de grado ó por fuerza, á Pedro Fañez, á dictar otra semejante.

Mas cuando Jerónimo buscó á Fañez, Pedro Fañez no estaba ya en casa de la condesa, quien algunos días antes habíale, á solicitud suya, concedido una licencia para salir de Tezcoco y trasladarse á Veracruz, á recibir á un pariente que venía de las islas.

Cierta sonrisa maliciosa que Jerónimo sorprendió en los labios de Catalina le convenció de que era fingida y falsa la ausencia de Pedro Fañez.

Ocultó su sospecha, y se ofreció á sí mismo dar más ó menos pronto con Pedro Fañez por medio de un bien combinado espionaje.

Pero no sólo esto dió un mal resultado, sino que la cooperación que de Pilar esperaba llegó á faltarle, pues Pilar, desentendiéndose de Jerónimo Ruiz, sólo se preocupaba y ocupaba de dar con el paradero de su hija María de Mendoza.

Con grande habilidad Jerónimo Ruiz indujo á creer á Pilar que los Ponce y sólo los Ponce podían haber sido los autores de ese rapto y secuestro, que á la vez que una venganza era para ellos un medio de dominar al enemigo más peligroso de cuantos buscaban su total ruina y destrucción.

La casualidad puso un dia en contacto á Jerónimo Ruiz y al bandido hostelero Marcos Colmillo, que Pilar y cuantos habíanle conocido creían muerto: y el que por noble caballero pasaba no vaciló en concertar con el bandido un infame plan que á la vez que había de comprometer hasta el último extremo á los Ponce de León, debía costarle la vida á la inocente María de Mendoza.

Sin embargo, la salvación de ésta iba á deberse á la ambición sin medida del bandido, que fingiendo servir á Jerónimo Ruiz, para sacarle en pago de sus infames oficios gruesas cantidades de dinero, se proponía faltar á su ofrecimiento, haciendo á Pilar pagarle al precio de toda su fortuna el rescate de su hija.

Todo cambió de aspecto al enterarse de los planes del caballero y del bandido el hostelero aquel á quien vimos no hace mucho acompañando á Rodrigo Ponce en busca de la víctima de Marcos Colmillo.

Dicho tabernero, nombrado Jaime, quería con extra-

ordinario afecto á Rodrigo Ponce, á quien notició lo que contra él y sus hermanos se tramaba, y con el cual convenino su plan para salvar á la joven, averiguando del mismo Colmillo el paraje en que secuestrada la tenía.

Colmillo quiso resistirse, pero Jaime le obligó á hablar, dándole al fin una terrible puñalada que le imposibilitase para estorbar sus proyectos y los de Rodrigo.

Pero la fatalidad perseguía á éste y sus hermanos, y permitiéndole que con María de Mendoza diese, á la vez iba á comprometerle al grado de que viniesen á resultar ciertas y evidentes las acusaciones de Jerónimo Ruiz.

Dejamos á Jaime y á Rodrigo siguiendo las huellas de sangre que habian de llevarlos á dar con la hija de Pilar.

Al resplandor del incendio del bosque, Bautista vió á aquellos hombres que no pudo reconocer y que grandemente le alarmaron.

Amargos momentos fueron aquellos para Ixtaolzín, su lazarillo y María.

Esta, temerosa de caer de nuevo en manos de sus verdugos, rogó á sus salvadores que completaran su obra llevándola consigo, lejos de aquellos lugares, pero aunque Ixtaolzín lo intentó no pudo lograrlo, pues descubierto el grupo de los fugitivos por el tabernero Jaime, Rodrigo les marcó el alto, y como no obedeciesen, á la tercera vez sonó un disparo y una bala fué á herir en un hombro á Bautista, que al caer arrastró al sacerdote haciéndole dar en tierra con la joven.

Ixtaolzín, cuya agilidad era extremada, no se cuidó de ella, y antes de que pudiera ser alcanzado, tomó en brazos á Bautista y corrió con él á la ventura, y sin saber en su ceguera cómo ni dónde caminaba.

Rodrigo y Jaime, ocupados en socorrer á la joven y tranquilizarla, no vieron ni pudieron seguir al sacerdote, que prodigaba á su pobre lazo las más dulces palabras que su cariño era susceptible de darle.

El gozo fué inmenso cuando Bautista las contestó volviendo en sí; la herida no era grave, pero el dolor que la bala le produjo habiale hecho perder momentáneamente el conocimiento.

El sacerdote se deshizo en maldiciones contra el heridor, y más que de ellos maldijo el infortunio que por tenerle ciego le permitía tomar venganza de sus perseguidores.

Bautista, más generoso que el sacerdote, sólo se preocupó del peligro en que la joven habia quedado, y sin escuchar las súplicas de Ixtaolzín, se aproximó con las mayores precauciones al lugar en que habianla dejado y á poco rato regresó algen y tranquilo diciendo.

—Nada tenemos que temer por ella.

Esos hombres cumplirán nuestra obra.

La hija de Pilar se ha salvado.

Son el tabernero Jaime y Rodrigo Ponce de León; al aproximarme yo á ellos, este último se nombraba á sí mismo y á fin de infundir confianza á la joven, á la cual propuso conducirla á la casa de los Ponce que no está muy distante de aquí.

Y pues podemos creerla libre del peligro de caer en manos de sus verdugos, retirémonos, José, á nuestro albergue, porque por más fuerte que quiero yo hacerme, la verdad es que me duele el hombro de una manera horrible y desesperante: la vista se me nubla, y si por desgracia llego á perder el conocimiento, como mucho me lo temo, difícilmente podrías, pobre ciego, salir de



este bosque y á mi puede irme peor de lo que me temo.

Estas palabras alarmaron sobre toda ponderación al sacerdote, que aterrado notó que la voz del muchacho era cada vez más débil y lenta.

—Pues qué hijo mío, ¿tañ mal te sientes?—preguntó.

—Sí, José muy mal: parece que mi cabeza da vueltas sobre sí misma, y siento en el estómago un gran desconsuelo y un angustioso vacío.

Apresurémonos á salir de aquí, porque de otro modo voy á complicar demasiado tu situación.

—¿Puedes andar por tí mismo?

—¡Sí, creo que sí, pero pronto, vámonos pronto!

Ixtaolzín siguió á su lazarillo, que marchó con paso vacilante y tardo, unas sesenta varas.

Pero no pudo seguir.

Sus piernas se doblaron y hubiera caído á no sostenerle el sacerdote que vertía de su boca atroces blasfemias.

—Cálmate, buen José, cálmate,—replicó Bautista:—nuestra desgracia no es tan grande como crees.

El camino que va á Tezcoco, lo veo allí: distamos de él unos cuarenta pasos.

Tómame sobre tus espaldas; yo te guiaré... así... bien vamos;... un poco más á la izquierda... así, así,... ya hemos llegado; estamos en el camino; ahora sígueme por la orilla para que ella misma te dé la dirección que has de llevar... así, así... ¡ay! ¡no puedo más!

Bautista quedó desmayado sobre las espaldas de Ixtaolzín.

### Capítulo III

#### El rencor del sacerdote

**C**UANDO el sacerdote sintió sobre sus espaldas el estremecimiento que acompañó al desmayo por el dolor producido en Bautista, el exceso de su desesperación estuvo á punto de hacerle caer á su vez anonadado.

—¡Ah! ¡maldito de mí!—exclamó:—¿qué perversos dioses son los que me persiguen y maltratan así?

¿Sois acaso vosotras, antiguas deidades de mi patria, que en mí queréis satisfacer el enojo de vuestra derrota por el Dios Cristiano?

¿Acaso, según dicen esos frailes, no fuisteis ni sois más que viejos demonios, y ante el triunfo del nuevo Dios cumplís vuestro oficio de hacer el mal por el placer de hacerlo?

¿O tú eres, Dios Cristiano, el que así me persigues?

Sí; tú has de ser.

¡Tú, Dios Cristiano, tú eres quien me maltratas ofendido de que no quiero someterme á tu poder ni á tu ley,

ni aun después de verme como me veo reducido por tí á la impotencia!

¡Sí, tú fuiste quien dejaste vacias las órbitas de mis ojos, después de haberme permitido contemplar aquel milagro que hizo la imagen dorada sujeta á una negra cruz!

¡Ay! ¡me faltan los ojos del cuerpo y no puedo dejar de verte con los del alma!

¡Sí; claro, muy claro te veo con ellos!

¡Tu cuerpo demacrado abre ambos brazos sobre el oscuro fondo de la cruz, como cerrando el paso á aquellos feroces perros que yo en vano azuzaba para que se lanzasen sobre los indefensos y temblorosos cuerpos del renegado Tezomotli, de la renegada Xochitl!

Los primeros rayos del naciente sol aumentaban el dorado brillo de tu imagen de bronce, y los perros se postraban ante ella como si adorarla quisieran.

¡Irritado yo con su cobardía, á mis gritos uní los golpes, y lastimados por mi mano, aquellas bestias se volvieron contra mí, y desconociéndome, me derribaron en tierra y destrozaron mis carnes, tiñendo sus cabezas en mi sangre!

Y sin fuerzas y espirando, una vez más volví á ver tu imagen dorada que Xochitl me mostraba pidiéndome que creyese en tí.

¡Ah! ¡imbécil mujer! ¡veíame vencido por tí y quería que á la vergüenza de mi vencimiento uniera yo voluntariamente la vergüenza de confesarme inferior á tí!

No; no quise hacerlo, y tú cegaste mis ojos, y sin embargo todavía pude luchar contigo y ser durante muchos días dueño y señor de aquellos á quienes habías defendido contra mí.

Con nuevas astucias, pues mis vigilancias no te permiti-

tieron venir á mí frente á frente, lograste arrancarme mis víctimas una vez más, é inútil é indefenso me pusiste en manos de ese Fray Martín de Valencia, el único de tus sacerdotes temible para mí.

Peró aun de él y su influencia logré evadirme, y ya lo ves, aun me resisto contra tí; aun no me doy por vencido y si es posible más que nunca te detesto.

Te detesto, sí; porque con sólo males me persigues y combates, y aun ignoro cuales son los bienes que tus bondades dispensan.

Te detesto porque en tu injusticia, los males que sobre mí derramas, alcanzan siempre á cuantos están en mi derredor, aun cuando sean inocentes é irresponsables de mis culpas.

¿Qué mal te ha hecho este niño infeliz que llevo sobre mis espaldas, moribundo tal vez?

Si tanto, Dios Cristiano, me aborreces, ¿por qué la bala que á él le hirió no la enterraste en mi corazón!

¿Has querido, privándome de él, darme á entender cuán poco valgo por mi sólo?

¿Acaso no lo sabía yo de antemano?

¿Acaso no lo sabías tú?

Pues que; si acaso yo valiese lo que vali antes de que así me inutilizaras; si yo fuere aún lo que en otros tiempos fui, ¿gobernarían todavía los tuyos estos reinos, ni se alzarían tus templos sobre las ruinas de los de mis dioses?

¡Sí; bien sé que eres fuerte y de tu fortaleza abusas!

Bien sé que eres el antiguo *Quetzalcoatl* y que como tal ocupaste un lugar en nuestros *teocallis*.

Bien sé que aquel *Quetzalcoatl* se retiró prometiendo volver.

Pero sé también que se retiró obligado por nuestros

antepasados los *mexica* que obedecían como jefe á nuestro dios de la guerra, á *Huitzolopochtli*.

Si éste te venció una vez, ¿por qué no ha de vencerte una segunda?

¿Qué son ni qué valen los hombres barbados cómo tú que han venido á cumplir tu profecía?

Monstruos de avaricia y de ambición, los devora la sed de riquezas y poder.

Sus ambiciones son tales, que, por contentarlas, poco ó nada se cuidan de tí, y tus ministros, que mendigos parecen, son por ellos atropellados y escarnecidos.

Qué, ¿acaso puedes menos que los hombres?

¿Por qué no reservas tus crueles venganzas para ellos, en vez de hacerlas caer sobre mí, que al menos soy un digno contrario tuyo, pues no me dejo vencer por tí?

¿Por qué, dí, á ellos les dejas en libertad para pervertir y ensangrentar la tierra, y hieres á este pobre muchacho que tan bien dispuesto está á creer en tu poder y rendirte adoración?

¿Qué mal te ha hecho á tí, ni á ninguno de los tuyos?

¿Acaso no es á él á quien esa joven debe su salvación?

¿Por qué si su propósito fué bueno, tan duramente le castigaste por faltas que no ha cometido?

¿O acaso tú también eres tan ciego como yo?

Ah, sí ¡sin duda lo eres!

¡Pobre Bautista!

Sorprendiste el plan infame de unos hombres que concertaban el asesinato de una infeliz mujer, para comprometer con su muerte á esos Ponce de León que en nadie encuentran compasión ni piedad.

¡Me animaste á mí á salvar á esa joven y á salvar á

esos Ponce, y yo te seguí hasta aquí, seducido por la bondad de tu alma, y cuando salvada la mujer íbamos á salvar á los Ponce, uno de ellos te hirió, tal vez de muerte, como si enemigo suyo fueras!

¡Ah! pero yo te vengaré, hijo mío.

¡Quieran los dioses que no mueras sin haberte visto vengado por mí!

Porque yo te vengaré.

Sí, yo buscaré á ese Pilar maldecido y le diré:

«Tu hija está en poder de los Ponce.

»De ellos quiso este niño libartarla, y los Ponce le han herido, le han matado tal vez.

»¡Mátalos, mátalos tú á ellos, porque son unos infames como lo sois todos los de vuestra raza, y ellos como tú, como todos los hombres de tu raza merecen la muerte!»

Ixtalzín que pensando y diciendo lo anterior, había seguido marchando por la orilla del camino, tarda y trabajosamente, hizo en este punto alto, no tanto porque así lo exigiesen su fatiga y su cansancio, sino porque á sus oídos llegaron ecos que le acusaron la proximidad de un grupo de jinetes.

—¿Qué nuevo peligro me amenaza?—se preguntó alarmado.

No tardó en salir de su curiosidad.

El grupo de jinetes llegó hasta él viniendo en contraria dirección.

Formaban aquel grupo las cinco personas siguientes:

Dos de ellas, indios de carga, conducían en una mal improvisada camilla á un individuo casi cadáver.

Era este individuo el hostelero Marcos Colmillo.

A los lados de la camilla marchaban, armados hasta los dientes, Jerónimo Ruiz y García del Pilar.

Ixtaolzín no podía verlos pero si les oyó decir:

—Hacia el sitio que nos has indicado se levanta el resplandor de un incendio: ¿qué es lo que ese incendio significa?

—No lo sé,—respondió con voz débil el moribundo.

—Sin duda son ellos,—se dijo el sacerdote con inmensa alegría, y levantando después la voz gritó lo siguiente:

—Caballeros ó lo que seáis, ¿venis en busca de una infeliz mujer á quien tenían unos infames secuestrada en este bosque?

Esta pregunta, hecha por el antiguo sacerdote con voz alterada por el temor de ver fallidos sus deseos, hizo que acudiese hacia él el grupo de los recién llegados; y después que entre unos y otros mediaron las consiguientes aclaraciones, Ixtaolzín cumplió su venganza denunciando á los Ponce como secuestradores de María de Mendoza.

Nadie lo extrañó más que Jerónimo Ruiz, pues como ya sabemos él había concertado con Colmillo la calumnia.

No decimos que lo extrañó igualmente el hostelero, porque aquel miserable, pronunciadas las palabras últimas que poco há pusimos en sus labios, había espirado sobre su camilla después de haberse á su vez vengado de Jaime y Rodrigo Ponce, acusándolos de ser quienes le habían asesinado por haber descubierto el sitio en que en el bosque tenían oculta á la joven.

Jaime había herido de muerte á Colmillo á quien le

quedó vida bastante para ir en busca de Jerónimo y Pilar y ofrecerse á servirles de guía.

Su cadáver fué sacado de la camilla y abandonado en medio del camino.

En su lugar hizo Ixtaolzín poner á Bautista que los dos mozos condujeron á Tezcoco, marchando á su lado y á pié el sacerdote ciego, después de haberse despedido de Jerónimo y Pilar, que siguiendo opuesto camino dirijianse á toda prisa en alcance de Jaime y Rodrigo.

## Capítulo IV

## Las armas de un celoso

**D**ESCUBIERTO, como en su lugar dijimos, por Alvar, Rodrigo y Esperanza, que la mujer á su casa llevada por Juan Ponce era la misma Isabel de Rioja, cuyo padre, según con fundamento sospechaban había sin duda perecido á manos del marqués de Ponçe, la más formidable lucha concebible se entabló entre ellos.

¿Qué iba á ser de la familia Ponce si aquella mujer llegaba á hacer luz en la tremenda oscuridad del misterioso crimen cuyas circunstancias y pormenores éranles á todos desconocidos?

Desconocidos, sí; porque haciendo volver á nuestros lectores á la noche aquella en que Delgadillo mantuvo con Esperanza la conversación de que Alvar y Rodrigo se enteraron ocultos entre las malezas, debemos decirles que ninguno de los tres hermanos llegó á enterarse del

contenido de los papeles que el oidor entregó á su ama, cuyos papeles contenían la declaración escrita por Pedro Fañez relatando los sucesos del día fatal en que fueron asesinados Felipe de Rioja y Nuño López de Cardona.

Se recordará que Alvar y Rodrigo permanecieron largo rato mudos é imposibilitados por el estupor, antes de resolverse á entrar en su casa y que á la puerta de ella el noble Alvar cayó presa de un violento accidente, que obligó á Rodrigo á llamar en su auxilio á Juan.

El accidente revistió en los primeros momentos síntomas los más peligrosos y mortales, y aunque el joven médico consiguió con su ciencia hacer desaparecer la gravedad, esto no se logró sino muy avanzada la mañana y á costa de gran solicitud y cuidados, que retuvieron á la cabecera del lecho del enfermo á los dos hermanos Juan y Rodrigo.

Cuando éste quiso apoderarse de los papeles entregados por Delgadillo á Esperanza, ya no era tiempo.

La joven, espantada de lo que aquellos papeles pudiesen decir, no quiso abrirlos, sino que, cerrados como habíalos recibido, los puso sobre las brasas del hogar, y en pocos momentos los redujo á cenizas, creyendo así haber salvado el honor de su familia.

Rodrigo, que sabía por el oidor, quién era quien aquellos papeles había escrito, fué en busca de Pedro Fañez, pero no pudo dar con él.

Pedro Fañez no estaba en la casa de la condesa: había, como también dijimos ya, salido, según él había dicho, para Veracruz.

No era esto verdad: Pedro Fañez, descubierto el robo que de los papeles se le hizo, tuvo con su ama, la her-

mosa Catalina, una secreta y larga conferencia, y de acuerdo con ella se escondió, no podemos decir al presente ni el por qué, ni cómo, ni donde.

Pero desde aquel mismo instante Catalina dejó de ser la que siempre había sido.

El hermoso color de rosa nácar que cubría sus mejillas desapareció para dar lugar á una trasparente palidez.

La dulce y plácida sonrisa huyó también de sus labios, y en derredor de sus ojos imprimió el dolor claras señales de amargas y abundantes lágrimas.

La hermosa castellana casi no volvió á salir de sus habitaciones, y los pobres, los enfermos y los menesterosos que diaria y pródigamente socorria, y su providencia la llamaban, acudieron en masa al palacio de la hermosa niña, dando verdaderos alaridos de dolor, suponiéndola muerta ó gravemente enferma, pues así habíanlos olvidado.

La condesa no se alarmó menos con el estado de su hija, á la cual idolatraba; mas por más que hizo nada pudo saber de las causas de esa tristeza que día á día desfiguraba más y más el rostro de la angelical criatura.

Ninguna explicación satisfactoria pudo dar á la condesa, quien llegó á ofrecer á su hija que si la presencia de Jerónimo Ruiz la molestaba, inmediatamente le haría regresar á España, retirándole el ofrecimiento que de la mano de Catalina habíale hecho.

La joven le suplicó que no hiciese tal cosa y le invitó á dejar al tiempo la solución de aquel asunto.

¿Por qué Catalina no aceptó aquella favorable coyuntura para libertarse de Jerónimo Ruiz?

Vamos á decirlo.

Después de la entrevista que en las ruinas del palacio tezcocano tuvieron Catalina y Jerónimo Ruiz, éste pidió licencia á la condesa para trasladarse á la capital y permanecer en ella algunos días, con objeto de arreglar algunos asuntos particulares.

Allí, ya lo dijimos, buscó á García del Pilar para proporcionarse por medio de él elementos con que perder y pulverizar á los Ponce de León, pues ya no podía caberle duda de ninguna especie acerca de la pasión de Catalina por el mayor de los Ponce.

Por fortuna para éstos los papeles robados á Pedro Fañez por García del Pilar, no estaban ya en manos ni de Delgadillo ni de su agente, y las vagas noticias que en ellos se daban sobre el doble asesinato de la funesta y remota noche en que perecieron Rioja y Cardona, no podían constituir prueba plena contra ellos.

De esas noticias sólo se desprendía con amarga evidencia que los Ponce habían matado á Cardona en flagrante delito de violación de domicilio y tentativa de seducción.

No era fácil que un juez, por muy canalla que fuese, pudiera condenar á los Ponce por tal delito de que ellos podrían fácilmente disculparse, y del cual sólo un testigo podría señalarse, y aun así favorable á los Ponce.

Pero si no era posible llevarlos por él ante los tribunales, el crimen por sí mismo constituía un obstáculo moral que hacía imposible cualquier proyecto de unión de las dos familias que Catalina pudiera haber formado.

¿Cómo, en efecto, podía consentir Catalina en tomar por esposo al asesino de su padre?

Armado con esta arma terrible, Jerónimo Ruiz se hizo

recibir por Catalina, y le expuso descaradamente el funesto imposible.

En nombre del honor de su padre, la joven se negó á creerlo, pero al encuentro de su negativa le salió Jerónimo Ruiz, amenazándola con abrir sobre el suceso una averiguación judicial.

Semejante averiguación habría producido un ruidoso escándalo, perjudicial más que á nadie á la condesa, cuyo amor propio estaba interesado en que no se hiciese luz alguna sobre las inconsecuencias que para con ella había tenido su marido.

Ante aquella amenaza de escándalo, Catalina consintió con Jerónimo Ruiz en no romper sus relaciones y en no quitarle la esperanza de que algún día consintiese en otorgarle su mano.

Celebrado este arreglo, Jerónimo Ruiz procuró disculpar la violencia con la inmensidad y entusiasmo de su mismo amor.

—Creo,—añadió,—que vos me lo perdonaréis, en gracia, al menos, de que os amo con todo mi corazón.

No sonriáis, Catalina, con ese despreciativo desdén.

Por más que lo neguéis, os amo con idolatría, y tan inferior á vos me considero, que, juzgándome indigno de ser por vos correspondido, en cualquier hombre encuentro méritos mayores que los míos para ser amado por vos, y cualquiera de ellos me inspira y despierta mis celos.

¿Qué no será, pues, lo que siento respecto á esos aborrecibles Ponce, cuando no puede ya caberme duda de que vos amáis á uno de ellos?

No lo neguéis; sería inútil: abrigo la contraria convicción.

Más aun, creo que ese Alvar, vuestro elegido, merece el honor que le dispensáis.

Con mis cinco sentidos le aborrezco, y no obstante reconozco las cualidades que le adornan.

Pero esto mismo aumenta el rencor con que le veo.

No os extrañéis de ello.

Desde el primer día en que merecí de vos el favor de una explicación clara y franca, os dije que combatiría sin tregua ni descanso contra todo rival que pudiera disputarme vuestra mano.

Dispuesto estoy á cumplirlo.

Quizás todos mis esfuerzos sólo alcancen á darme un contraproducente resultado.

Quizás al solicitar yo la deshonra, la total destrucción de mi rival, sólo obtenga su más perfecta rehabilitación.

Si tal llega á suceder, me confesaré vencido y anonadado por mis propias armas.

Pero hasta tanto, lucharé por vos sin escrúpulo ni temor alguno, en guerra á muerte.

Si tal no hiciese, merecería ser tildado de cobarde y mal caballero.

El primer deber de un buen caballero es procurar el honor de las damas, y francamente, creo que ninguna honra os resultaría de una alianza con los Ponce.

¡Calláis! ¿no los defendéis?

¡Tardío es vuestro silencio!

Si cuantas veces los he atacado yo, lo hubierais hecho así, quizás habría yo creído que ningún interés os inspiraban.

No lo hicisteis, y vuestras defensas de los Ponce despertaron mi suspicacia, y por ella guiado he venido á descubrir vuestro secreto.

No os culpo por vuestra reserva, aun cuando tengo el sentimiento de que no fuisteis conmigo tan franca como os rogué que lo fueseis, al preguntaros si algún rival podía disputarme el triunfo de vuestro amor.

Hoy el secreto ya no lo es para mí.

Sé que amáis á otro hombre, y sólo quiero que si ese hombre me vence, me venza porque sea superior á mí en méritos y cualidades.

No creo que ese Alvar Ponce se encuentre en ese caso.

Su nobleza heredada es superior á la mía, pero no lo es la nobleza de su alma.

La voz pública le acusa, á él ó á los suyos, es igual, de bandido, ladrón y asesino; perdonadme la dureza de mis palabras, pero con ellas les nombra todo el mundo.

Quizás en esta ocasión el mundo miente como tantas otras veces; eso es lo que me propongo esclarecer.

Y lo esclareceré á toda costa, aun á la de mi vida, sin perdonar recurso ni sacrificio de cualquiera especie que sea.

Mientras la fama de los Ponce sea lo que es, vos no podréis aliaros con ellos, y yo, lo repito, no consentiré que deis vuestra mano á un hombre que no os merezca y que á mí sea inferior.

Ya sabéis, Catalina, mi modo de pensar.

Y ahora me retiro apesadumbrado con la certeza que tengo de que hoy más que nunca me veis con desdén y desamor, pero resuelto á hacer cuanto me sea dable para demostraros que mi amor hacia vos es tan inmenso como el rencor que contra mi aborrecido rival me impela á pretender su ruina, aun á costa de mi eterna salvación.

## Arrecia la tempestad

**P**OR tal de verse libre cuanto antes de sus odiosas presencia y conversación, Catalina no pronunció palabra alguna que pudiera retener á Jerónimo Ruiz, y éste se retiró tanto más ofendido cuanto que adivinó la intención de la joven.

Mas apenas Catalina se vió sola, dió rienda suelta á las fuentes de su llanto, y en los ríos que de ellas vertió huyeron, por su corriente arrastradas, parte de sus atroces penas.

También ella habia llegado á dudar de la honradez de los Ponce.

Ella también veía levantarse imponente y amenazador el sangriento espectro de Nuño López de Cardona, que con airada voz reprendía á su hija que amase á sus asesinos.



Sin embargo, no estaba segura de que ellos realmente le hubiesen asesinado.

Pedro Fáñez la había hecho dudar.

El antiguo servidor de Cardona quería con igual cariño á la bella hija de su amo y á sus viejos amigos los Ponce de León.

Ya hemos contado su historia en otra ocasión á nuestros lectores.

Por aquella historia saben que Pedro Fáñez idolatraba con loco amor á la desventurada Juana de la Cueva, esposa que había sido del noble marqués de Ponce.

Y como buen amador que era, al amar á Juana de la Cueva amaba también á cuantos ella amaba, y muy particularmente á los hijos de sus antiguos amigos y señores.

Al precio de su vida hubiera, á serle posible, comprado un instante de felicidad para ellos ó cualquiera de los suyos.

Con inmenso placer había visto, por lo tanto, que entre Catalina y Alvar Ponce existía una poderosa corriente de simpatía y afecto.

¿Qué mayor goce para él que poder abrigar la esperanza de que algún día, cesando los odios que enemistaban á ambas familias, se unieran con fuertes vínculos de amor seres que le eran igualmente queridos?

Vimos á su tiempo cuán mal aceptó Pedro Fáñez la presencia de Jerónimo Ruiz en la casa de la condesa.

Este procuró, no obstante, ganar su voluntad; pero no duró mucho su conquista, porque Pedro Fáñez se apercibió bien pronto, y más que nadie, del doble papel que desempeñaba Jerónimo.

Desde entonces comenzó á guardarse de él y á ser el espía de sus actos.

Convencido de que Jerónimo Ruiz era un enemigo terrible y de que él mismo podría alguna vez ser su víctima, en más de una ocasión tuvo intenciones de desenterrar de su escondite aquella su famosa declaración para quemarla y destruirla.

Hallábase enterado de las sospechas y cavilaciones de García del Pilar, y temía que uno ú otro día llegasen á echar mano de él como único testigo de aquellos lamentables sucesos.

Pero como su declaración escrita justificaba hasta cierto punto la venganza por los Ponce tomada en la persona de Nuño López de Cardona, Pedro Fáñez no se resolvió á destruir aquellos papeles, y cada día contemplaba un largo rato las losas de piedra bajo las cuales tenía ocultos, sin decidirse á levantarlas.

Uno de aquellos días Pedro Fáñez notó que las losas habían sido movidas y pronto se convenció de que le habían robado sus papeles.

Desde luego sospechó de Jerónimo Ruiz.

Después de haber asistido con las mayores precauciones á la conferencia que tuvieron Jerónimo y Catalina en las ruinas del palacio tezcocano, Pedro Fáñez se confirmó en sus sospechas, ante la insolencia del enemigo de los Ponce.

Vimos también en cuán oportuno momento Pedro Fáñez acudió en auxilio de su señora, invitándola á regresar á la casa antes que la tarde acabase de ceder su puesto á la noche.

Llegados al castillo, Fáñez solicitó hablar á Catalina, y la enteró del robo de los papeles.

Aquellos papeles podían perder á los Ponce y levantar un escándalo.

Era, por consiguiente, necesario proceder con mucha cautela para no arrastrar á Jerónimo Ruíz á un acto violento.

Pedro Fáñez no hizo sino muy vagas indicaciones sobre el contenido de los papeles.

Tampoco dijo á Catalina que por él estuvieran escritos, y concluyó asegurándole que el robo sólo tenía verdadera importancia por el escándalo que pudieran producir, pues por lo demás él podía demostrar, que cuanto ellos contenían era falso y sin fundamento alguno, pues conocía al verdadero responsable de los crímenes á que en ellos se hacía referencia, pudiendo asegurar bajo fe de juramento, que ese responsable no era ningún Ponce.

Terminó invocando el buen corazón de Catalina, para que no negase á los Ponce el afecto y protección con que siempre los había visto y favorecido.

Catalina no quedó, no obstante, ni convencida ni consolada.

Pedro Fáñez no había hablado con fijeza ni seguridad.

En el curso de la conversación ocurrió en contradicciones repetidas, si bien procuró salvarlas lo mejor posible, con grande habilidad algunas.

La joven no se atrevió casi á hacerle preguntas.

Por un lado temía demostrar por los Ponce demasiado interés, y por otro se espantaba ante la idea de ver confirmada la voz general que los acusaba de ladrones y asesinos.

Al retirarse Pedro Fáñez, después de haber convenido con ella en esconderse por algún tiempo y hasta tanto que lograse recobrar los papeles robados, Catalina lloró

por primera vez aquellas lágrimas que á partir de aquel momento no habían de enjugarse sino á cortos intervalos.

Creía que Pedro Fáñez sólo trataba de consolarla, haciéndola creer en una mentira.

Sin duda de su misma opinión serán también nuestros lectores.

Ellos saben que Pedro, en su declaración, delataba á los Ponce como matadores de Nuño de López de Cardona.

Mentía, pues, al decir á Catalina que otro, y no ellos, era el responsable del crimen.

¿Cuál sería su objeto?

¿Salvar á los Ponce?

Pero ¿cómo podría salvarles si los mismos Ponce estaban tan seguros de haber obrado en justicia, que en caso necesario ellos serían con orgullo sus propios delatores?

Dejemos al tiempo la solución de este problema, que para nosotros no la tiene, al menos al presente.

El viento de tempestad que azotaba con sus ráfagas huracanadas á todos los personajes de nuestra historia, no causaba menos estragos en la morada de los Ponce de León.

Esperanza, Alvar y Rodrigo acababan de enterarse de que la joven enferma, acogida bajo su techo por su hermano Juan, era la hija de Felipe de Rioja.

Anonadados bajo el peso de aquel descubrimiento los sorprendió el joven doctor, que de la capital volvía con los medicamentos que á ella había ido á buscar.

Juan se apercibió del terror que en los rostros de sus hermanos se reflejaba, pero no lo extrañó, ni atribuyó á su verdadera causa, sino á la de su simpatía y compa-

sión por la joven, cuyo peligroso estado habíase agravado de súbito.

En un principio Juan no perdió la serenidad que tan necesaria é indispensable es al buen acierto de un médico, y combatió el accidente que la joven sufría, con todos los recursos de su ciencia.

Pero cuando vió que su ciencia se estrellaba contra el avance terrible de la enfermedad, sus ojos se inundaron de amargas lágrimas y echándose en brazos de sus hermanos que había llamado para que le auxiliasen, dijoles con desesperado dolor:

—¡Ay! ¡hermanos míos! ¡lo que Dios no quiera hacer por ella, no puede mi ciencia hacerlo!

—¿Tanta es su gravedad?—se apresuró á preguntar Rodrigo con voz débil, muy débil, como si temiera despertar de su sopor á la joven.

—¡Mortal!—respondió Juan ahogado por los sollozos.

Alvar, Rodrigo y Esperanza miráronse los unos á los otros con ojos de asombro, con mirada imposible de pintar ó describir.

Quizás en aquel terrible instante se alegraron de la gravedad de la desdichada víctima.

¡Bárbaro egoísmo humano!

Juan se postró al lado del lecho de la enferma y al notar en el hermoso rostro de aquella idolatrada mujer los estragos en unas pocas horas causados en sus facciones, tomó entre las suyas una de sus manos y sin limitación alguna se entregó á su dolor.

Conmovida á la vista de tan grave pesar, Esperanza fué á su vez á arrodillarse al lado de su hermano, y con tiernas expresiones de sincero cariño procuró consolarle.

Rodrigo sacó de la habitación á Alvar, y mientras éste se doblegaba bajo el peso de tanto infortunio, dijole aquél con cierta brusquedad no exenta de dolor:

—¡Animo Alvar! Quizás quiere Dios salvar á los Ponce.

Alvar se estremeció con generoso impulso y replicó:

—¡No ofendas así á Dios! ¡somos unos miserables que no merecemos misericordia!

—¿Eso dices, Alvar?

—Sí, eso digo, Rodrigo.

¡Somos unos miserables!

Al descubrirnos Juan la gravedad de esa desventura, nuestros ojos han cambiado una mirada espantosa.

En esa mirada nos hemos dicho uno á otro «ojalá no se engañe» ¡y este ha sido un ruin, un miserable deseo!

—¡Dios es quien lo quiere!—respondió Rodrigo brutalemente.

—¡Blasfemo!—replicó Alvar,—¡tú, solo tú, vas á atraer sobre nosotros la cólera de Dios!

¡No, Dios no lo quiere, Dios no puede quererlo!

Si los viejos crímenes de los Ponce es posible que tengan ante Dios alguna disculpa, el que hoy hemos cometido, el que de cometer acabamos no teniendo piedad de esa infeliz, no teniéndola de nuestro infeliz hermano, carece de toda disculpa.

¡Ah! ¡tú, poderoso Rey del cielo; justo é implacable juez de tus criaturas, vé la sinceridad de mi arrepentimiento y dí que nos has perdonado salvando la vida de esa desventurada mujer!

Y esto diciendo, Alvar se apartó de su hermano y volviendo á entrar en la habitación de la enferma, también él se postró á los pies del lecho.